

REYES MATE, *El tiempo, tribunal de la historia*, Trotta, Madrid, 2018, 176 pp. ISBN: 9788498797299.

La puesta en marcha del Espíritu o de la Razón (así con mayúsculas) en el devenir del mundo y de la historia, no pocas veces tiene resultados contrarios (léase catastróficos) al Espíritu y a la Razón, que son tenidos por Fundamento del ser y del acontecer. Pero también, en momentos de la historia en los que ambos se escriben con minúsculas, la dialéctica del espíritu o de la razón ha significado que el reino de la libertad devenga en el imperio del terror o de la barbarie. Y si no queremos ponernos muy hiperbólicos en nuestras referencias, diremos que en bastantes ocasiones los movimientos de emancipación se tornan reaccionarios. Y es que cuando la razón levanta el vuelo, lo hace como paloma y como rapaz: cuando regresa al nido, en sus garras trae carne fresca y en su pico una rama de olivo. El Estado de la Razón y la Razón de Estado se entretrejen a lo largo de la historia.

1. Precisamente, este libro que reseñamos ahora, *El tiempo, tribunal de la historia*, es el último de un filósofo, el profesor e investigador Reyes Mate, que ha tratado de dar cuenta crítica de ese proceso dialéctico en que la razón anda enredada con las dinámicas del horror. En sus libros y ensayos, Reyes Mate expone una filosofía crítica de la historia vinculada a una singular idea de tiempo y de justicia, donde la ética y la política son pensadas como condiciones de interrupción o reparación de los males asociados a la razón de los verdugos, reincidentes ella y ellos en sus victorias. En definitiva, un modo de pensar y una voz filosófica de alguien que conoce muy bien las andanzas de ese saber o saberes que suelen taparse (y tapar) los ojos para no ver las injusticias y así olvidarlas cuanto antes mejor. Al contrario, Reyes Mate ha insistido en presentar la memoria como necesaria si es que no deseamos que la aventura del saber y del actuar propicien más desventuras.

Estamos, por tanto, a vueltas con la razón de los vencidos, una razón que, por lo demás, nos alerta preguntando por nuestra personal complicidad con los verdugos, impidiendo que nos instalemos muy cómodos en una dudosa, por lastimera, empatía con las víctimas. Elias Canetti, en cierta manera, apuntó también a esto mismo en su *Libro contra la muerte* cuando dejó anotado que «cuando todo se hunda: hay que decirlo. Cuando no quede nada [...] al menos no hagamos mutis obedientemente». Claro, que unas líneas antes había advertido: «Hay algo impuro en ese quejarse de los peligros de nuestro tiempo, como si tales quejas pudieran servir para disculpar nuestro fracaso personal. Algo de esta impura sustancia se halla contenida ya, desde un principio, en los

lamentos fúnebres». Al fin y al cabo, la propuesta de Reyes Mate es asimismo la de una racionalidad compasiva, pero una compasión comprometida por ser una ética de la responsabilidad, trasunto de una razón del tiempo.

2. En boca de su heterónimo Juan de Mairena, decía Antonio Machado lo siguiente: «Sin el tiempo, esa invención de Satanás, sin ese que llamó mi maestro “engendro de Luzbel en su caída”, el mundo perdería la angustia de la espera y el consuelo de la esperanza. Y el diablo ya no tendría nada que hacer. Y los poetas, tampoco.» A lo cual podríamos añadir nosotros diciendo que los filósofos tampoco. Ahora bien, entre estos, no todos dan el mismo trato a esa historia que comenzó con la orden de salida en la carrera del tiempo cuando, según se cuenta, un ángel se coló en ella y arrastró con él en su caída a los humanos. Desde entonces, la injusticia va por delante, y solo gracias a algunos certeros golpes del tiempo vence la justicia de instante en instante. Estas victorias sobre el continuo histórico victorioso se dan si el humano corredor mira hacia atrás y escucha la voz de ánimo expresada en la lengua de los inocentes que van sufriendo, perdiendo y muriendo: la voz de las víctimas.

Ha habido pensadores que coinciden en defender la modificación de nuestra concepción de la historia cambiando la idea que tenemos del tiempo. Vienen a decir que algunos de los graves problemas que padecemos no encuentran solución porque la concepción del tiempo la hacemos depender de una visión de la historia. Esta sugerencia ha sido realizada, entre otros, por Marc Augé en el campo de la antropología y por Giorgio Agamben en sus primeros análisis sobre filosofía de la historia. Entre nosotros, el filósofo Reyes Mate ha mantenido argumentos -de orden ético y político, aunque también epistemológicos- en favor de una idea análoga a la de estos dos autores. Cosa distinta es el desarrollo que dicha idea ha tenido en cada uno de ellos. Aquí ofrecemos nota, sin análisis comparativo, de un libro en que el autor vuelve a escanciar el tema central de toda su obra. En efecto, Reyes Mate escribe con claridad la grafía de un pensamiento -que ha recibido ya importantes y merecidas muestras de reconocimiento- investido de racionalidad anamnética, o sea, de razón recordante: «Recordar es re-pensar», nos dice. Quien quiera que se asome a esta obra del pensar, hallará un difícil, complejo y valiente proyecto de filosofía crítica donde el conocimiento y la acción se enlazan a un determinado deber de memoria, el cual afecta de manera crítica tanto a la exaltación de la identidad nacional como a las formas que tenemos de hacer la historia.

Para exponer su concepción del tiempo, frente a nuestro momento «Internet» -término que alude tanto a la realidad como a la metáfora de la época actual, Reyes Mate reinterpreta el sentido apocalíptico del tiempo bíblico y se opone al «gnosticismo» que hay detrás de la idea de la historia como progreso. Reyes Mate retorna, filosóficamente, al imaginario de un comienzo del tiempo para así mostrarnos que otro mundo distinto es posible, y que lo es sin necesidad de resucitar la ilusión del más allá de los

dioses ni la resignación de un naturalismo cosmológico. Por tanto, su remodelación de la idea de tiempo tiene la consecuencia de voltear nuestra idea narcisista del hombre moderno.

3. Ante la historia de catástrofes donde se acumulan las injusticias, Reyes Mate nos dice que «a la hora de pensar hay que poner el acontecimiento delante del conocimiento; y a la hora de actuar y de dibujar nuestras estrategias de acción, dar más importancia a lo que hemos hecho que a lo que podemos pensar que hacemos. Se trata de rebajar los humos del *Homo sapiens* que dicen que somos». La autonomía y la historicidad del sujeto -núcleos de la revolución democrática moderna- son repensadas prestando oídos a una modalidad de «tiempo alternativo»: exigencia de una respuesta al sufrimiento y al mal que los seres humanos causan con el extraviado uso de su libertad y de su razón. El bien, la verdad, la justicia y la paz son resignificadas a partir de la escucha de las voces que emiten las víctimas inocentes. La escucha, como un hacerse cargo de la víctima sin suplantarla, es el procedimiento para que la historia como catástrofe sea juzgada por el tiempo, para que la maleficencia del cálculo utilitarista de progreso encuentre una respuesta de raíz crítica y democrática. La expansión histórica de una razón culpable de su enajenada libertad, obliga a pensar cómo es posible estar a vueltas del objetivo de un sujeto ilustrado que pueda escapar de la fatal dialéctica temporal de la razón.

3

Este objetivo será factible solo a condición de repensar la expresión de la injusticia: la verdad transformada en la falsedad de una vida dañada y la libertad en el dominio de una vida falsa. La expresión de un logos del sufrimiento injusto es condición de la verdad, nos recuerda Reyes Mate siguiendo a Adorno; y como respuesta a ese sufrimiento injusto, consecuencia del ejercicio de una libertad culpable, entiende Reyes Mate la idea de un tiempo, el tiempo de la memoria que pone en cuestión la conformista ética de la vida y de la felicidad. Sus palabras, en este asunto, no dejan lugar a dudas acerca de su perspectiva:

Los hay hundidos y los hay salvados. El problema es que, para la memoria, hay una relación entre la fortuna de los salvados y el infortunio de los hundidos. Por eso los vivos tienen que hacerse cargo de los muertos, los ricos de los pobres y los que tienen esperanza de los desesperados. Sin echar sobre nuestras espaldas la causa de los demás, los felices, los vivos, acabaremos reproduciendo la muerte, la miseria y la desesperación sobre las que se ha fraguado nuestro bienestar».

Por tanto, esta forma filosófica de filtrar el imperativo ilustrado del *sapere aude* (Kant), del modo en que lo hace Reyes Mate, pasándolo a través de ese cedazo que es el *nuevo imperativo categórico de que Auschwitz no se repita* (Adorno), es digna de resaltarse en un contexto intelectual como el que nos rodea, donde existen enconados y reaccionarios recelos contra una memoria que filtra los negros posos de la historia, recelos que guardan incluso algunos de los que la llevan de

estandarte: «el deber de memoria -escribe Reyes Mate- no solo incomoda al pensamiento conservador, sino también al crítico». Y no digamos ya en un contexto político-mediático en que un enquistado sectarismo partidista de la política lo disuelve casi todo en su esquema polarizador con tal de que asegure futuros réditos electorales.

No diremos que la filosofía de la memoria de Reyes Mate es la solución de todos nuestros problemas teóricos y prácticos. No hay en ella una presuntuosa intencionalidad holista. Pero sus razones contra la sinrazón de una razón desmemoriada desvelan los pies de plomo de los grandes colosos del pensamiento, desentierran los peligrosos cimientos del edificio del Espíritu y de la Razón. Así pues, incidiendo en este sentido, acabamos esta nota como la iniciamos, citando de unas iluminadoras palabras de Antonio Machado:

De lo uno a lo otro es el gran tema de la metafísica. Todo el trabajo de la razón humana tiende a la eliminación del segundo término. Lo otro no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad= realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, uno y lo mismo. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en lo otro, en “La esencial Heterogeneidad del ser”, como si dijéramos en la incurable otredad que padece lo uno.